

Capacitados
para Amar
Para ser y hacer felices
6 - 8 de diciembre
El Escorial (Madrid)

Gaudete et exsultate (Papa Francisco)

Guía de lectura (Antonio Sánchez-Orantos, cmf)

Introducción

Os invitamos durante todo este curso, para renovar nuestras vidas y preparar con profundidad nuestro próximo encuentro formativo, a reflexionar, meditar y orar la Exhortación Apostólica del Papa Francisco titulada ***Gaudete et exultate***.

Una Exhortación de 40 páginas (177 epígrafes) fechada el 19 de marzo (día de San José) de 2018, presentada el 9 de abril de ese mismo año, con el subtítulo ***sobre el llamado a la santidad en el mundo actual***, en la cual invita a toda la Iglesia a enfrentar las dificultades fundamentales que la cultura de hoy presenta a la vocación cristiana, y que nosotros, como seglares claretianos, en nuestro ideario, tenemos configurada con claridad: *«como todos los cristianos, estamos llamados a hacer de las bienaventuranzas nuestra propia regla de vida. Ello implica: optar radicalmente por Cristo y hacer del reino de Dios el valor supremo, a cuyo servicio ponemos todo lo que somos: nuestra vida, nuestra capacidad de amar, nuestra libertad y nuestra relación con los bienes terrenos.»* (SSCC. nº 13). Es nuestro propio, carismático, camino de santidad.

El papa Francisco, en el nº 2 de la Exhortación explicita con claridad su propósito:

«No es de esperar aquí un tratado sobre la santidad... Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4).

Renovar en nuestro corazón, que resuene con fuerza en lo más íntimo de nuestra vida, la llamada a la santidad es, pues, el deseo de nuestro papa. Y, por eso, las advertencias fundamentales que ofrece en los nº 10-11, que deben enmarcar todas nuestras reflexiones y que conviene, para no distraernos con excusas fáciles, mantener siempre presentes:

«...Lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: "Sed santos, porque yo soy santo" (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre.»



«Cada uno por su camino», dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, **pero no para que tratemos de copiarlos**, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que **cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él** (cf. 1 Co 12, 7), **y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él**. Todos estamos llamados a ser testigos, pero “existen muchas formas existenciales de testimonio”. De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su *Cántico Espiritual*, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche “según su modo”. Porque la vida divina se comunica “a unos en una manera y a otros en otra”».

Renovar en nuestro corazón la llamada a la santidad, renovar nuestra fidelidad a través del camino pedagógico que la Exhortación nos ofrece es nuestro reto:

Cinco pasos que iremos recorriendo juntos. El primero es sentir de verdad «el llamado a la santidad» dirigido a todos (Cap. I). Después pasaremos a identificar «dos sutiles enemigos» que tienden a disolver la santidad en formas elitistas, intelectuales o voluntaristas (Cap. II). Para centrarnos en la meditación de las bienaventuranzas (sintonía radical con nuestro ideario) como modelo positivo de una santidad que consiste en seguir el propio camino «a la luz del Maestro» y no mantener la defensa de una vaga ideología religiosa (Cap. III). Que exigen, las bienaventuranzas, es el siguiente paso, vivir con sencillez la santidad en el mundo actual: paciencia y mansedumbre, humor, audacia y fervor; vida comunitaria y oración constante (Cap. IV). Y concluir en una clara definición de la vida espiritual como «combate, vigilancia y discernimiento» (Cap. V).

Espero que todos nos sintamos aludidos, urgidos, a recorrer este bello camino. Y os pido que todos oremos por todos para que al recorrerlo Dios nos conceda la gracia de renovar nuestra fidelidad. Que todos tengamos la seguridad de que la oración de intercesión de todos por todos alienta nuestro caminar.

Y, como siempre, pedimos al entrañable corazón de María que guíe nuestro caminar.

Capítulo 1

Un llamado a la santidad

“Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más”.

Impresiona, ante todo, que la «Gaudete et Exsultate» se dirige a cada lector, a cada cristiano, a cada bautizado, en forma muy personal y directa. Es el desarrollo de un coloquio del Papa con cada uno, con cada persona que tiene enfrente. Es un diálogo personal, de tú a tú. “También a ti”, dice un subtítulo. El Papa se dirige a un tú concreto: «Deja que la gracia...No te desalientes...No tengas miedo...» (nº 15). Es como si el Papa Francisco quisiera ponernos a todos y cada uno delante de la Presencia del Señor, que nos habla, que nos invita, que nos interpela, que nos alienta, que nos sostiene para vivir en íntima comunión con Él, para crecer según la vocación que Él te ha regalado como camino de fidelidad.



Es el amor de Dios que urge a desacomodarnos de nuestros conformismos, de nuestro aburguesamiento, de la distracción y mediocridad, y muchas veces del olvido y abandono, con el que vivimos nuestro bautismo. «No tengas miedo de la santidad, no te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de Él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad (...)» (nº 34) y hospeda en ti la invitación de la gracia, una invitación «de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia» (nº 35).

Porque «todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad (nº 14-15).

Porque «El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1)» (nº 1).

Y, por eso, no conviene pensar sólo en los «santos ya canonizados o beatificados: el Espíritu Santo derrama su santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios...»(nº 6). Dios ha puesto en cada corazón el anhelo de santidad, porque un Padre no puede sino querer lo mejor para sus hijos. Y si sabemos mirar podremos compartir la experiencia del Papa Francisco: «me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos; en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa; en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo... Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros... la clase media de la santidad» (nº 7). Lo que interesa es «que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él» (nº 11).



Cada una de nuestras vidas llamadas en la fuerza de la gracia a la santidad es misión: «cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (nº 19). Porque la santidad es la caridad plenamente vivida en el día a día, construcción del reino de Dios: «como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino» (nº 25).

Una misión que pasa por tu fidelidad a la llamada recibida. Una misión que se juega en tu estilo de vida. Una misión que depende de ti y que no puede realizarse sin ti. Es Dios necesitado de tu fidelidad para hacerse presente en el mundo de hoy. Es Dios necesitado del compromiso de tu amor para hacer presente en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo su misericordia y tu amor. Dios, Él mismo, confiando su Evangelio, su buena noticia, a ti, a tu vida...

Ojalá que esta confianza no quede nunca defraudada y dé frutos de buenas obras en la vida cotidiana.



Capítulo 2

Dos sutiles enemigos de la santidad

«Quien lo quiere todo claro y seguro (no quiere a Dios, sino que pretende dominar la trascendencia de Dios» (G.E. n° 41)

Recordamos nuestro desafío. En la Exhortación Gaudete et exsultate el Papa Francisco nos pide que hagamos resonar en nuestras vidas «una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnarla en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades.» (n° 2). Para ayudarnos a realizar esta tarea, con un estilo directo, fácil e interpelador, nos invita a meditar y orar los cinco capítulos que estructuran su escrito:

- Los dos primeros nos ayudan a entender en qué consiste y a quienes se dirige la **llamada a la santidad** y nos avisa de sus **dos sutiles falsificaciones: gnosticismo y pelagianismo**.
- El capítulo tercero, titulado **A la luz del maestro**, presenta la santidad querida por Jesús para sus seguidores: un bello comentario a las **bienaventuranzas**.
- Los capítulos cuarto y quinto, con muchas pistas para la vida cotidiana, nos sugieren el **estilo de santidad que exige el mundo actual** e insisten en la actitud de **continua vigilancia y discernimiento** para mantener dicho proyecto de vida.

Pues bien, en esta reflexión nos centraremos en el capítulo II, quizá el más árido del documento porque los problemas tratados vienen de antiguo, pero, por ser problemas vigentes, en cuanto siempre acompañarán como tentaciones la vida de fe, ofrece ideas muy fundamentales para mantener, renovar y acrecentar nuestra fidelidad. Por eso, dice Francisco, al final del capítulo: **«os exhorto a cada uno a preguntarse y discernir frente a Dios de qué manera pudieran estar (estas tentaciones) manifestándose en su vida»** (n° 62).

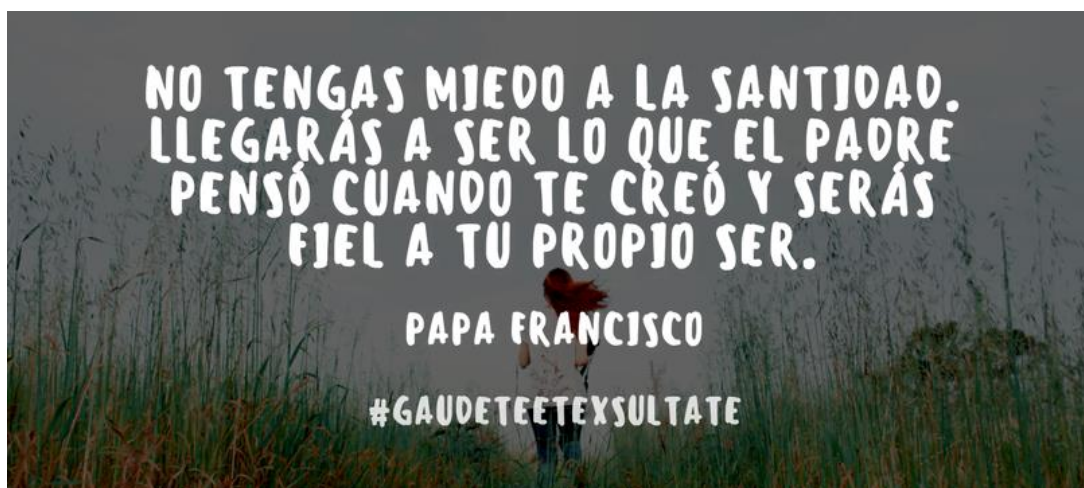
Aprendamos a conocer estas dos sutiles tentaciones:

1° Gnosticismo: Se trata de intentar alcanzar la Verdad de Dios (porque dicha tentación tiene como fundamento un fuerte intelectualismo) negando:

- La finitud de nuestro ser creatural: un ser finito no puede alcanzar por sí mismo la plenitud infinita de Dios. Por eso, ningún ser humano alcanza a Dios; Dios alcanza al ser humano, Dios nos ama primero, para que el ser humano pueda compartir no sólo la Verdad de Dios, sino su Vida. Es la experiencia de gracia.
- La presencia de Dios en la historia humana: en **«las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones... que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación»** (n° 44)
- La sabiduría evangélica como camino que enseña misericordia: **«la mayor sabiduría que puede existir consiste en difundir fructuosamente lo que uno**

tiene para dar, lo que se le ha dado precisamente para que lo dispense... Por eso, así como la misericordia es amiga de la sabiduría, la avaricia es su enemiga» (nº 46)

Ciertamente la Iglesia necesita seguidores de Cristo bien formados para enfrentar los retos de la cultura actual. Pero cuando esta formación pretende reducir la fe a una ideología más **-mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento (nº 38)-**; cuando esta formación es fuente de poder obligando a los demás a someterse a esas ideas, considerando que la propia visión es la única y la perfecta; cuando esta formación desprecia la bella sencillez del Evangelio; cuando esta formación es utilizada para juzgar a los demás en nombre de la sabiduría... Esta formación nos separa del camino de la santidad. Porque **«Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza... del Evangelio; otra es pretender reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo» (nº 39).**



2º Pelagianismo: El poder que la tentación del gnosticismo atribuye a la inteligencia, se lo atribuye el pelagianismo a la voluntad. Por eso, rápidamente, nos advierte Francisco con la Palabra de Dios: «(el pelagianismo olvida que) todo depende no del querer y el correr, sino de la misericordia de Dios (Rom 9, 16) y que (otra vez, no olvidar) Él nos amó primero» (1Jn 4, 19).» ¿Qué niega, entonces, el pelagianismo:

- Que somos cristianos por la gracia de Dios y que sin ella no podemos mantener la fidelidad. Confiar única y exclusivamente en las propias fuerzas lleva del cansancio al abandono, y, entre medias, siempre, a la dura crítica de la vida de los demás: yo hago, los demás no hacen...; yo trabajo, los demás...; yo me comprometo... Por eso, decía **«San Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas; o bien a decirle al Señor humildemente: Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras» (nº 49)**
- Que somos débiles, realidades concretas y limitadas. Y cuando falta en la vida un **«reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites (aceptarnos**

como somos) se impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no se deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento» (nº 50)

- **Que pecamos. Y, entonces, se intenta justificar o esconder el pecado a través de «la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión por asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas (personales y comunitarias) de autoayuda y de realización autorreferencial» (nº 57)**

Ciertamente la Iglesia necesita seguidores de Cristo comprometidos. Pero **«solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más. Lo primero es pertenecer a Dios» (nº 56)**. Por eso, cristianos comprometidos sí; pero cristianos que en nombre del compromiso se olvidan de Dios para terminar agobiados, cansados, en la crítica y, al final, abandonando, no lo quiere Dios. No conviene olvidar que el descanso, el silencio y la oración han pertenecido, pertenecen y siempre pertenecerán al camino de Santidad. Por que Jesús no sólo trabajaba, sino que también, descansaba y jugaba; guardaba silencio y, con suma sencillez, oraba.

Y, ahora, a enfrentar el reto que Francisco nos propone: **preguntarse y discernir frente a Dios de qué manera pudieran estar (estas tentaciones) manifestándose en nuestras vidas, porque si no lo hacemos, sin darnos cuenta, por pensar que todo depende de nuestro saber o de nuestro actuar, corremos el riesgo de apartarnos del Evangelio que siempre nos invita a buscar lo esencial: el amor, la caridad.**



Capítulo 3

A la luz del Maestro - A contracorriente

«Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo van muy a contracorriente con respecto a los que es costumbre, a lo que hace la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida»
(n. 65)

Al comienzo de este capítulo leemos: Puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones. Pero nada es más iluminador que **volver a las palabras de Jesús. El explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas. Son como el carnet de identidad del cristiano...** En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas (n. 63).

Y al final podemos leer: **recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices** (n. 109)

Porque la palabra «feliz» o «bienaventurado», es sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive de su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha (n. 64).

Y si queremos resumir el exigente pero bello proyecto que el Papa Francisco nos invita a vivir, conviene que nos fijemos en las afirmaciones conclusivas sobre cada bienaventuranza:

- Ser pobre en el corazón, esto es santidad.
- Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad.
- Saber llorar con los demás, esto es santidad.
- Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad.
- Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad.
- Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad.
- Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad.

Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad.

«Por lo tanto, ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis. Decía Juan Pablo II que "si verdaderamente hemos participado de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse". Mt 25, 35-36 "no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo". En esta llamada a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela



el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse.» (n. 96) «... El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas, porque la misericordia es "el corazón palpitante del Evangelio"» (n.97)

Ni nuestra pobreza ni nuestra debilidad nos impiden ser santos. Es más bien nuestra falta de sed y de deseo y nuestra autosuficiencia lo que nos cierra al don de Dios. Cuando meditamos las bienaventuranzas nuestra autosuficiencia (deseo de ser perfectos) queda quebrada y, entonces, la tentación aparece: ante la imposibilidad de «cumplir», dejamos de soñar por falta de confianza en el don de Dios. Porque, la mayoría de las veces, queremos nuestra perfección y no a Dios y su don.

El héroe y el santo son muy diferentes. Así dice Pierre Planchard, un gran maestro espiritual:

«El héroe es el hombre de su propia voluntad; el santo es el hombre de la gracia. El héroe está convencido de su fuerza; el santo, persuadido de su debilidad. El héroe trabaja para su gloria, para el triunfo de sus proyectos humanos; el santo tiene en vista la gloria de Dios. El héroe tiene el sentido del hombre; el santo tiene el sentido de Dios»

El santo no es el testigo de su fuerza de voluntad, de su inteligencia o de sus virtudes naturales (recordad el capítulo II), sino de la locura de la cruz y de la debilidad transfigurada por la gracia.

«Los hombres miran las apariencias, pero el Señor ve el corazón» (1Sam 16,7).

Por eso, si al meditar las bienaventuranzas sientes que tu vida no está a la altura de Dios, no abandones, porque estás descubriendo la gran verdad de la fe: que sin Dios, sin contacto con él, sin oración, nuestra fidelidad es imposible.

Complicamos demasiado la oración. «El nos llama a todos por este camino», decía Santa Teresa de Jesús. Porque lo que es imposible para los hombres, será siempre posible para Dios. Confiemos (fe) y caminemos con alegría (esperanza) manifestando no nuestros deseos de perfección, sino sólo y exclusivamente la entrañable misericordia de nuestro Dios (caridad).



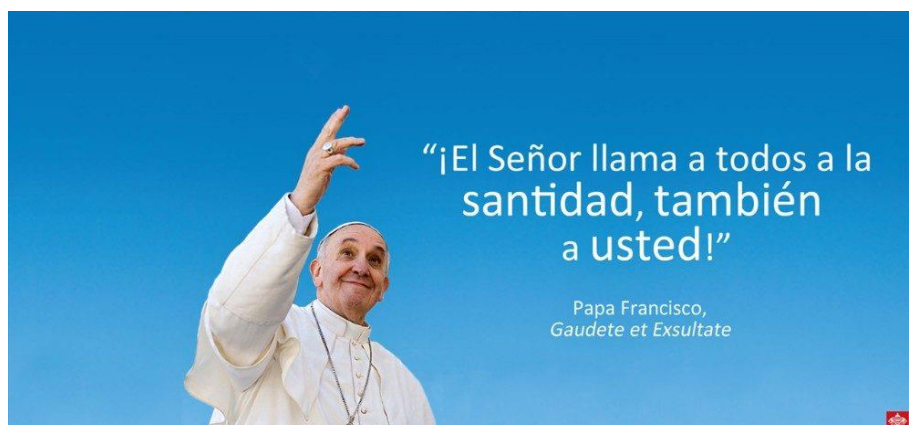
Capítulo 4

Algunas notas de la santidad en el mundo actual

«Dentro del gran marco de la santidad que nos proponen las bienaventuranzas y Mateo 25, 31-46, quisiera recoger algunas notas o expresiones espirituales que, a mi juicio no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama. No me detendré a explicar los medios de santificación que ya conocemos: los distintos métodos de oración, los preciosos sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual... Sólo me referiré a algunos aspectos del llamado a la santidad que espero resuenen de modo especial... Son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia... en la cultura de hoy» (nº 110-111).

Así comienza el cuarto capítulo de la *Gaudete et Exultate*. La preocupación del Papa Francisco es, pues, que la vida santa de la Iglesia se manifieste en signos significativos en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana -trabajo, familia, relaciones, amistad, diversión...- para que los seguidores de Cristo podamos ofrecer un camino de luz en la cultura actual.

Desde esta preocupación adquiere un significado singular el nº 5 de nuestro Ideario, sobre todo su segunda parte. Recordemos: «Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como seculares, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a San Antonio Ma. Claret. El señor nos ha llamado a ser evangelizadores, a anunciar y extender el reino de Dios entre los hombres mediante la palabra en todas sus formas, el testimonio y la acción transformadora del mundo, llevando así la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad para transformarla desde dentro.»



¿Cuáles son estas cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que pueden arrojar una luz sanadora sobre la cultura de hoy? La Gaudete nos propone una síntesis muy apretada de los grandes riesgos presentes en la cultura actual que están generando deshumanización, pérdida de sentido de la vida humana. Y frente a estos grandes riesgos, asumiéndolos como llamadas al compromiso, nos invita a reconstruir nuestro proyecto personal de vida, nuestro camino de santidad. Se trata, pues, entendámoslo bien, no de abandonar, repetimos, los tradicionales espacios de fidelidad al querer de Dios: oración, eucaristía, reconciliación, entrega de vida..., sino de desplegar la gracia que en ellos recibimos, sin la cual la fidelidad es imposible, subrayando dimensiones de la vida humana que podemos ofrecer, testimonio, como caminos de conversión en la cultura de hoy.

Riesgos de la cultura de hoy

- Ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita.
- La negatividad y la tristeza.
- La acedia (pasotismo, desgana) cómoda, consumista y egoísta.
- El individualismo.
- Falsas formas de espiritualidad sin encuentro personal con Dios que reinan en el mercado religioso.

Compromiso cristiano: santidad

- Aguante, paciencia y mansedumbre (nº 112-121)
- Alegría y sentido del humor (nº 122-128)
- Audacia y fervor. (nº 129-139)
- En comunidad. (nº 140-146)
- En oración constante (nº 147-157)

Y, ahora, teniendo presente el sencillo pero exigente esquema de este capítulo, te invito a que leas despacio y personalices estas llamadas invitando a todos los miembros de tu comunidad a grabarlas en su corazón. El ejercicio es sencillo y puede ser motivo para un bello encuentro de comunidad. Los pasos del ejercicio serían los siguientes:

- Subraya en cada apartado las frases que consideres más importantes para definir con claridad cada una de las invitaciones del Papa Francisco, sobre todo, aquellas que más interpelen a tu propia vida.
- Y, después, de este momento de reflexión y oración personal, te invito al diálogo comunitario:
 - ¿Cuál o cuáles de los riesgos señalados te parece que más están

incidiendo en nuestras vidas, impidiendo, por eso, nuestro testimonio fiel?

- ¿Cuál o cuáles tendríamos que enfrentar con mayor urgencia?
- ¿Cuál o cuáles de los compromisos cristianos se manifiestan con mayor claridad en tu vida personal? ¿Y en tu vida comunitaria?

Y me gustaría que no pasases por alto el nº 115 de la Exhortación, que requiere un discernimiento muy detenido en la cultura actual: ¿Cómo valoras la referencia que el Papa Francisco realiza a las redes sociales? ¿Qué aplicación tendría en tu vida personal y en la vida de comunidad?

El sencillo ejercicio puede terminar con una lectura comunitaria de los bellos números 133-134:

«Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros... Como el profeta Jonas, siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas... pero lo mismo que para él, pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora»

Y después de tanto trabajo, os invito a terminar con la delicadeza de la Palabra de Dios, para «coger aire», y seguir, con humildad, nuestros caminos:

II Pedro 1, 5-11

«No ahorréis esfuerzos por añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento el dominio propio, al dominio propio la paciencia, a la paciencia la piedad, a la piedad el afecto fraterno, al afecto fraterno el amor. Pues si poseéis esos dones en abundancia no quedaréis inertes ni estériles para conocer a nuestro Señor Jesucristo. Y quien nos lo posee está ciego y va a tientas, olvidado de que lo han purificado de sus viejos pecados. Por tanto, hermanos, esforzaos por afianzar vuestra vocación y elección. Si obráis así, no tropezaréis; antes bien os darán generosamente entrada en el reino perpetuo del Señor nuestro y salvador Jesucristo».

Capítulo 5

Combate, vigilancia y discernimiento

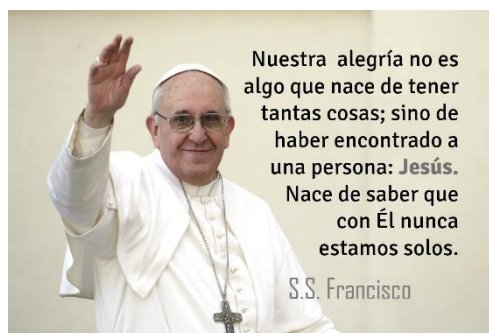
Iniciamos la reflexión/oración del último capítulo de la Gaudete et Exultate. Casi al final, en el nº 175, número bellísimo y de gran contenido para nuestras vidas, el Papa Francisco afirma: «Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, **no hay espacios que quedan excluidos**. En todos los aspectos de la existencia **podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios**, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo **que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida**. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el Misterio de Dios, que nos ayuda **a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos.**»

E inmediatamente todos podemos recordar los números 29-30 de nuestro Ideario: «La vida según **el Espíritu nos conduce al pleno desarrollo humano y a la perfecta integración de todas las dimensiones de nuestra persona**. En nuestra vida espiritual se funden en perfecta unidad todas las dimensiones de nuestra existencia: nuestra inserción en el mundo, nuestras responsabilidades y nuestras tareas temporales, nuestra acción, nuestra oración y nuestra vida sacramental, **como expresiones inseparables de la realidad única e indivisible del amor con que amamos a Dios y a los hombres.**» «Nuestra espiritualidad es secular y, por ello: la gestión misma de los asuntos temporales, realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con Dios y de identificación con sus planes ; realizamos las tareas seculares y luchamos por la transformación del mundo en comunión con Cristo y revestidos de la fuerza del Espíritu; la eucaristía, la oración y las demás expresiones de nuestra espiritualidad están fuertemente **configuradas por las situaciones, los problemas, las luchas y esperanzas de nuestro pueblo y nos llevan a una efectiva solidaridad con él; el estado de vida y el servicio profesional que prestamos caracterizan también nuestra espiritualidad.**»



Desde la luz que arrojan estos bellos textos conviene que leamos con suma atención este capítulo sabiendo que «somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero el nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros -deseos, angustias, temores, búsquedas- y lo que sucede fuera de nosotros -los «signos de los tiempos»- para reconocer los caminos de la libertad plena: “examinadlo todo; quedaos con lo bueno (1Ts 5, 21)» ¿Cómo caminar sin prisas pero sin pausas hacia esa libertad plena? El capítulo que leemos nos ofrece una clara pedagogía para que cada uno, desde su libertad, determine su caminar. Son verdades sencillas, pero muy fundamentales para mantener la fidelidad:

- La fidelidad cristiana es combate permanente. Gracia y tarea; don y respuesta de fidelidad; luz para mantenernos en peregrinación; celebración porque vamos experimentando que el Señor vence en nuestra vida y compromiso porque queremos expresar con nuestras vidas esa victoria sentida.
- La presencia del «Malo» en nuestras vidas. Así debe traducirse, nos advierte el final de nº 160, la última petición del Padre Nuestro: «y líbranos del Malo». Porque el «Malo» nos está invitando, si no somos conscientes de su presencia, a bajar los brazos, a descuidarnos, a quedar más expuestos a su poder. Ese poder que nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia... destruyendo vida, familia, comunidades... porque «como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (1 P 5,8).
- La fuerza de la Palabra de Dios. Meditada diariamente abre un camino de maduración espiritual y de crecimiento en el amor que nos permite mantener la lucha inquebrantable contra todo signo de mal, contra todo signo de muerte.
- La vigilancia continua. Atención constante y permanente ante todo signo de tibieza, ante todo signo de mediocridad. Porque cuando la tibieza se apodera de nuestras vidas, se quiebra el deseo de una mayor entrega, de un mayor compromiso, de esa fidelidad que busca cada día entregarse «más a Dios».
- La tarea del discernimiento continuo. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción. Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento. Por eso, el discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios; nos hace falta siempre para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios en la vida cotidiana.
- Y siempre la fidelidad a la oración. Porque «si bien el Señor nos habla de modos muy variados en medio de nuestro trabajo, a través de los demás, y en todo momento, no es posible prescindir del silencio de la oración detenida para percibir mejor ese lenguaje, interpretar su significado... Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la vida de Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación.»



Terminamos nuestra lectura de la Gaudete et Exultate con la luz de la Palabra:

«Esto os recomendamos, hermanos: a los perezosos amonestadlos, a los deprimidos animadlos, a los débiles socorredlos, con todos sed pacientes. Cuidado, que nadie devuelva mal por mal; buscad siempre el bien entre vosotros y para todos. Estad siempre alegres, orad sin cesar, dad gracias por todo. Eso es lo que quiere Dios de vosotros como cristianos. No apaguéis el Espíritu, no despreciéis la profecía, examinadlo todo y quedaos con lo bueno, evitad toda especie de mal. El Dios de la paz os santifique complete; os conserve íntegros en espíritu, alma y cuerpo, e irreprochables para cuando venga nuestro Señor Jesús» (1Tes 5, 14-23).

Porque es divino no asustarse por las cosas grandes y a la vez estar atento a lo más pequeño.

